

# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 299

MADRID 8 DE NOVIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



### JUAN QUE RIE Y JUAN QUE LLORA.

Quando emprendí esta narracion me propuse decirlo todo. Acaso hubiera sido preferible elegir entre mis recuerdos mas bien que estudiarme para no mencionar ni un solo hecho, ni escribir una sola palabra en que no hubiera rigurosa exactitud. Pero si examinéis, lector, el fondo de las cosas, sin duda os enseñará algo esta historia; esta es la razon porque mi mirada se turba y tiembla à veces mi mano; nada importa; acabamos la tarea que nos impusimos: no descuidemos ninguna escena, niugun episodio, niugun cuadro.

En el dia de los funerales de mi amigo, hacia una mañana soberbia: se veian bandadas de pájaros por todas partes sobre los techos, en los campos, de árbol en árbol, donde el calor iba despertando à las cigarras; y los perfumes, el sol, la atmósfera, todo contribuia à recrear los ojos: reinaba un vienteillo puro y suave, en el que aun se percibia la frescura de la noche, destilada gota à gota con el rocío de la mañana.

El ataúd donde debía encerrarse à Juan se veia descubierto en la sala. El hombre que debía darle sepultura, y no era otro que el que encontramos la noche de la cita de Bagatela, se hallaba sentado cerca del féretro. Aquel sér tosco y rudo, por cuyas manos habian pasado ya tantos de sus semejantes, de todas edades y categorías, estaba como trastornado en lo mas profundo de sus ideas y sentimientos ante aquel espectáculo de la muerte, à que se habia habituado desde su infancia. De vez en cuando se enjugaba los ojos con la vuelta de su manga, y en sordas exclamaciones exhalaba cuanto sentia su corazon y su alma.

— ¡Qué somos, Dios mio! ¡Pobre mancebo! ¡Pobre madre! ¡A veces es injusto el destino! ¡No valia mas que hubiese ido à engrosar la tierra donde viven los topós yo que soy pobre y anciano?

La chimenea estaba cubierta con un velo de gasa: sobre la cómoda habia dos velas de cera amarilla ardiendo en candeleros de plata y tres coronas que debian colocarse encima de la tapa del féretro.

En tanto llegó la hora del entierro: la calle pululaba de gente, y bajo los balcones, y entre el zumbido de la muchedumbre, se oian las psalmodias de la cofradia de los penitentes negros, que debian acompañar à Juan à su última morada.

En este momento entró el sacerdote que le habia confesado: venia de sobrepelliz y estola; se acercó à la madre de Juan, à lo que en dos dias no se la habia podido apartar de la estancia: él la estrechó la mano en silencio.

Se levantó el sepulturero... entonces cojió de encima de la cómoda unas tigras: le cortó à Juan el cabello: imprimió el último beso en su helada boca, cuyos entresiebertos labios parecian sonreír aun à la juventud, al amor y à la felicidad que habia dejado.

El cuerpo de Juan fué depositado en el ataúd: resonó el martillo sobre la madera: luego lo envolvieron en un paño nuevo, sobre el cual colocaron simétricamente las tres coronas de flores: se presentaron cuatro mugeres del pueblo vestidas de blanco y levantaron el ataúd en servilletas.

Hasta aquí no habia pronunciado la madre de Juan ni una sola palabra, ni habia vertido una sola lágrima: estaba sin voz, sin movimiento, sin ideas, sin vista.

De repente y en el instante mismo en que el féretro cruzaba el umbral de la puerta, se puso à cantar el gilguero, cuya jaula habian olvidado en la reja. Aquella voz gozosa saludando al sol y à la vida, cuando algunas capas de tierra iban à cubrir bien pronto los despojos de su hijo, tan jóven todavía, la sumergió en un espantoso parasismo de dolor y de desesperacion. Se lanzó hacia el ataúd, lo asió con sus manos: alborotó la casa con sollozos, gritos y llantos.... Luego falta de fuerzas cayó de rodillas y se desmayó: la trasladaron à un aposento inmediato, y uno de los asistentes se quedó para cui-

darla, y habiendo atravesado el féretro el vestibulo y la escalera, se dirigió la comitiva procesionalmente à la parroquia de Santiago.

Llegamos à la iglesia, se cantó la misa: cargaron de nuevo las mugeres del pueblo con la caja; y el sacerdote, algunos parientes de mi difunto amigo, y yo nos dirijimos al cementerio, precedidos de la cofradia y del clero con su cruz de plata: iban entonando con melancólico acento las antifonas de los salmos.

La hermosura del dia convidaba à las gentes à pasear por el campo. Al acercarse la comitiva se reunieron à nosotros algunos curiosos y entramos todos en el cementerio. Fue depositada la caja al borde de la fosa; y despues de las oraciones de costumbre la bendijo el sacerdote, pasó de mano en mano el hisopo, y cada cual lo roció con una gota de agua bendita.

Como despues de tocarme el turno entregase el hisopo al que estaba junto à mí, estalló entre la muchedumbre y à mi lado un gemido débil, pero penetrante, y de una espresion estraña. Levanté la abeza y ví à la hija de Santiago de rodillas cerca de la fosa.

Estaba horriblemente palida: no se habia atrevido à vestirse de luto, pero sus vestidos eran de color oscuro, y respiraba honestidad todos sus atavíos.

Nadie habia descubierto el secreto de los amores de Juan; así es que la accion de aquella muger, su abatimiento, su traje singular, provocaron algunas sonrisas burlonas entre la muchedumbre. Yo, cediendo à un involuntario impulso me adelanté hacia ella y la insté à que echase agua bendita; mas la hija de Santiago bajó los ojos sonrojándose, como si no se creyese bastante pura para concurrir à aquella ceremonia.

Por último, habiéndose retirado del ataúd las tres coronas que debian ser restituidas à la madre de Juan, se le bajó à la fosa, y cayó pesadamente sobre la madera la primera capa de tierra.

Ya se habían alejado el clero y el sacerdote: yo me paré á la puerta del cementerio, y ví á la hija de Santiago que seguía de hitos junto á la tumba.

Cuando el sepultor después de cegar la fosa apisonó el terreno para plantar allí provisionalmente una cruz de madera, oí un grito sordo y terrible; grito en el que se desbordaron del seno de aquella muger todos los punzantes remordimientos que la atormentaban, todas las angustias que había intentado comprimir en vano.

He aquí el drama escena por escena; no he omitido cosa alguna: por mas que consulto á mi memoria no creo que falte ni un solo detalle, ni la circunstancia mas mínima. ¡Cosa extraña! mi corazón al trazar estas líneas se ha quebrantado mas de una vez con mis recuerdos; no obstante vuelvo á leer lo escrito y me asombro de la sangre fria que he empleado en esta página.

(Continuará.)

## REVISTA DE TEATROS.

Sabemos que *La rueda de la fortuna* va corriendo muy próspera en todos los teatros de provincia en que hasta ahora se ha ejecutado. En Zaragoza será una de las primeras producciones que ponga en escena el señor Tamayo, quien ha salido para dicha capital con su esposa la distinguida actriz doña Joaquina Baus en la madrugada del domingo.

En esta semana se presentará al teatro de la Cruz un excelente drama en cuatro actos titulado *DOÑA MARIA PACHECO*.

Se ha publicado por los señores Uzal y Aguirre la fisiología del *Beso*, escrita por L. Corsini. Esta fisiología es digna de recomendación por la suma delicadeza y el fino trato con que está tratado un asunto tan resbaladizo de suyo.

En el teatro de Sevilla se ha cantado *D. Pedro el cruel*, tercera ópera del Sr. Eslaba, que ha sido sumamente aplaudida.

Se nos asegura que el Sr. Zorrilla escribirá en el presente año cómico un drama para el teatro del Príncipe.

## UNA AUDIENCIA.

Al ver este epigrafe no tema el lector que le voy á hacer mención de lo que pasa en las audiencias ministeriales en los días que S. E. los ministros se dignan oír las variadas pretensiones que les dirigen innumerables mártires de la patria, que de antemano aguardan la hora formados correctamente á derecho é izquierda de una mampara; no, no tema, si ha tenido ó tiene la desgracia de formar parte de aquel martirologio, que le voy á recordar los malos ratos de frio, calor y de humedades que habrá pasado, ni las bruscas maneras con que habrá sido tratado por porteros de la antesala; ni en fin, el tibio «ya veremos» que en pago de sus méritos y servicios se he escapado de los labios de S. E. y que en la tecnología de los pretendientes significa lo mismo que «quítate de delante»; y si tan afortunado el lector nunca se hubiese visto en aquellos repugnantes laberintos, tampoco quiero, por no afectar su corazón excesivamente sensible, contarle cuánto sufren sus semejantes aun para pedir lo que de rigurosa justicia se les debe. Otra es la audiencia de que voy á hablar; verdad es de que como en las anteriores hay también en ella malezas y escabrosidades, en que frecuentemente quedan enzarzadas las almas de los bolsillos, á la manera de las hedijas del carnero que anda entre abrojos; mas con todo, lo de hacer justicia y dar á cada uno lo que se debe se lleva á punta de lanza, aunque la deuda consista en garrote vil, ó en presidio con retención en uno de los de Africa. Nadie habrá que ya no comprenda que hablo de una audiencia territorial, ó sea de uno de

los trece tribunales superiores que existen actualmente en la península con el fin de ventilar y enderezar los entuertos de los jueces inferiores y decidir otros negocios de su peculiar incumbencia. Si; de una audiencia territorial me voy á ocupar (sea la de Madrid); pero de salas á fuera, no de salas á dentro, porque en ellas tiene su trono la divina Témis, cuya severa mirada me arredra y me impone silencio acerca de los actos de sus sacerdotes, llenos, como es de suponer, de justificación y de virtud.

Desde el vestíbulo de estos establecimientos conoce cualquiera, aunque los vea por primera vez, que en ellos debe haber lo que se llama tribunal en que se administra justicia y se deslindan los derechos dudosos que con tanta frecuencia malquistan entre si los individuos de una ó varias familias: ven en él á todas horas corrillos de hombres con legajos de papel debajo del brazo, que á la lengua huelen á gente de pluma; y entre nueve y nueve y media de la mañana cuatro alguaciles ó licitores con sus trajes peculiares que aguardan la llegada del señor rejente para acompañarle á la sala de descanso.

En la majestuosa y espaciosa escalera se encuentran parados hablando el procurador con el abogado que va á defender un pleito, el agente de negocios con un escribano, y un litigante que desea por momentos atisvar al relator de su pleito para que le diga confidencialmente la sentencia que recayó en él á última hora del día anterior.

Por los pasillos, que son anchurosos, se pasean en desorden un enjambre de noveles y de aspirantes á tales, atraídos por la circunstancia de estar señalada la vista de una causa célebre y confiada su defensa al mas elocuente é ingenioso letrado del colegio, á quien piensan tomar por modelo si alguna vez llegan á verse en semejante caso. Los relatores y sus pajes, los escribanos de cámara y sus oficiales mayores, andan por allí trompicoando y sin saber quien busca á quien. Pero en esto la desabrida voz de un portero moscón que dice *relatores á despachar en acuerdo* hace que se reúnan todos en sus respectivas piezas. Los relatores, tomando los papeles que tienen para el despacho, se introducen en la sala en que está reunida la audiencia plena, mientras que los pajes ajustaban la cuenta de los honorarios de un pleito que el procurador le va á pagar.

Salen los relatores cargados de expedientes, y cuando apenas han tenido tiempo de descansarlos sobre la mesa, tres ó cuatro fuertes campanillazos á la vez, seguidos de otras tantas voces de los porteros, los llaman á las respectivas salas, donde les aguardan los magistrados, dividida la audiencia plena en secciones. No tardan en oírse otros nuevos pregones de «audiencia pública en salas primera; pleito de F. con N.; causa contra A. y consortes» que ponen en movimiento en diversas direcciones los corrillos que aguardan aquel momento por istintos fines.

Concluidas las vistas desocupan lassalas los espectadores, quedando solamente los jueces con el relator; la parte litigante y su procurador salen contentos del informe que ha hecho el abogado, y augurando un buen resultado, imitan al letrado á que aprovecha el carruaje que le tienen prevenido; gasto superfluo en verdad en tales circunstancias como las presentes, en que hay tantos letrados que irían á los tribunales no solo á pie sino descalzos por ver entre sus manos un negocio algo lucrativo. Entre tanto nuevos pregones de «á firmar en sala primera, escribano de cámara, tal relator, cual» y otras varias resuenan las bóvedas del edificio, y hacen salir de sus departamentos una caterva de curiales cargados de papeles, como una manada de conejos espantados por el huron que ha penetrado en sus madrigueras. Tras de todo esto se oye la voz de uno que grita contada la fuerza palmar *aque sale el señor Regente*, y muy presto se le ve precedido de los mismos licitores que le acompañaron á la entrada cruzar los pasillos y bajar la escalera recibiendo los saludos que con sombrero en mano le hacen todos los que le ven, aunque sea á distancia de treinta pasos.

Así concluye poco mas ó menos el tribunal todos los días; pero durante él ¡qué escenas tan variadas se representan en sus dependencias! En una escribanía está un procurador excitando al oficial mayor para que ponga prouto una egecutoria, y le enseña á la

descuidada un par de duros; otro acomete al escribano y le pide mas que por Dios que los autos que se sentenciaron días pasados pasen luego á la tasacion porque en ello le va mucho interés á su parte, cuando el verdaderamente interesado es él, deseoso de cobrar cuanto antes los derechos.

Allá en aquella otra pregunta un elegante que estado tiene una causa de adulterio ó de estupro en que está complicado, y si saben que dictámen ha dado el fiscal: un escribiente en otra mesa está ojeando un registro deseoso de hallar en él una causa de conspiracion formada el año 36, de la que tiene que sacar antecedentes para dar curso á una solicitud que que el encausado dirige desde uno de los presidios de Africa: en medio de la habitacion habla de pie el escribano con un gefe político que le recomienda el pronto despacho de una causa que allá en su provincia mandó formar á dos clérigos conspiradores contra las instituciones actuales.

(Continuará.)

## TEATROS.

### Cruz.

A las siete de la noche.

- 1.º Sinfonía.
- 2.º El acto primero de la acreditada comedia escrita en dos actos, y titulada:

### ¿SI ACABARAN LOS ENREDOS?

- 3.º El señor Ojeda cantará con decoracion y traje EL POLO DE LA CARCEL en la ópera EL CONTRABANDISTA, del maestro Bassili.
- 4.º El señor Salas cantará tambien con decoracion y traje la escena y cancion del *Ventero*, en la misma ópera.
- 5.º El acto segundo de la comedia ya anunciada.
- 6.º El señor Ojeda cantará por primera vez la cancion del *TORERO*.
- 7.º Baile nacional.
- 8.º El señor Salas cantará la misma cancion del *TORERO* con distinta música.
- 9.º Baile nacional.
10. Los señores Salas y Ojeda cantarán la escena cómica, titulada:

### LA PENDENCIA.

11. Terminará la funcion con un divertido sainete.

### Príncipe.

A las siete de la noche.

### LOS PARTIDOS,

comedia en cuatro actos.  
Intermedio de baile nacional.  
Terminará la funcion con un divertido sainete.

### Circo.

A las siete y media de la noche.

### MARINO FALIERO,

ópera seria en tres actos.

### Tres Musas.

### EL TROVADOR.

Terminando con las mollares de Sevilla á cuatro.

IMPRESA DE BOIX.